

La novela
MUNDIAL



University of Colorado at Boulder



U18304 9843631

**Los cigarrillos
del Duque**

POR

PEDRO MATA

30
CTS.



MEL.

78



GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

::: DE HUMORISMO :::

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.

Bartolozzi. — Roberto: — Baldrich.

Karikato.—Barbero.—López Rubio.—Tono.—Etc.

K=HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos

CONCURSOS RAROS. — SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondría!

HUMORISMO SANO. — BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

Paseo de San Vicente. 20. — MADRID

PEDRO MATA

Los cigarrillos del duque

NOVELA

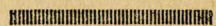
ILUSTRACIONES DE MEL



LA NOVELA MUNDIAL

AÑO II ⑥ 8 DE SEPTIEMBRE DE 1927 ⑥ NUM. 78

MADRID



LOS
CIGARRILLOS
DEL DUQUE



OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOVELAS

- Ganarás el pan.*
La Catorce.
Corazones sin rumbo.
Un grito en la noche.
Muñecos.
El hombre de la rosa blanca. (Historia triste de una
niña "bien".)
Irresponsables.
Una aventura demasiado fácil.
El hombre que se reía del amor.
Más allá del amor y de la vida.
Más allá del amor y de la muerte.

TEATRO

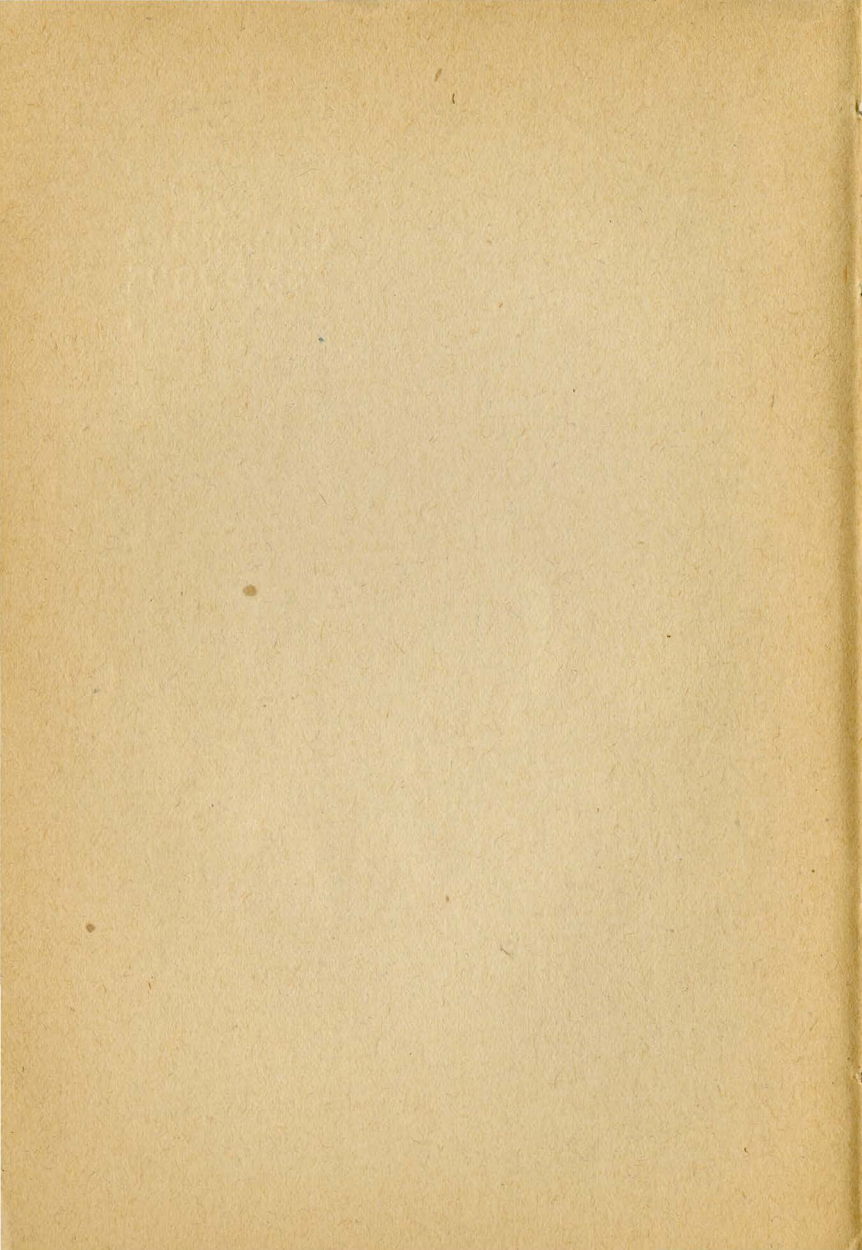
- Teatro trágico* (tercera edición).
La vida es muy sencilla, comedia en tres actos.
El infierno de aquí, ídem.
El deber, comedia en dos actos. (En colaboración.)
La otra, comedia en un acto. (Ídem.)
En la boca del lobo, drama en un acto.
La Goya, drama en tres actos.
La sombra, comedia en tres actos. (En colaboración.)
Uno menos, drama en un acto.
El torrente, comedia en cuatro actos.

VERSOS

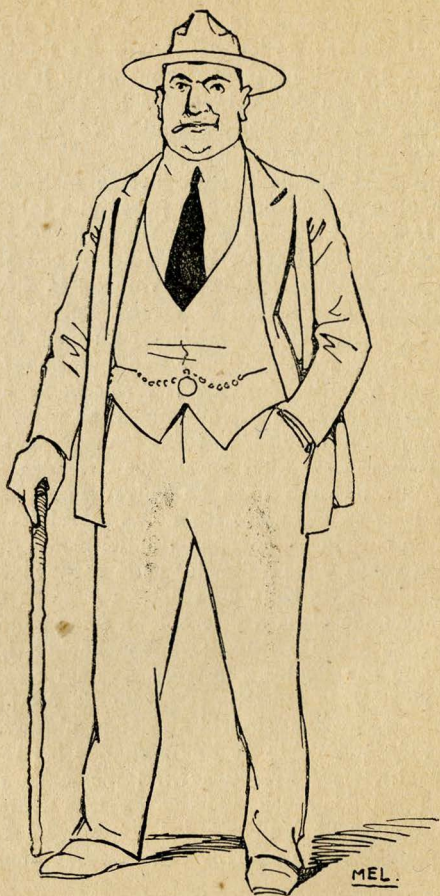
- Para ella y para ellas.*

I

El señor Manuel Moral tiene todo lo que un hombre necesita para ser feliz: buena salud, mucho dinero, pocas necesidades, una mujer hacendosa y bonísima que, aunque dobló la curva de los cuarenta años, está todavía apetitosa y fresca, y una moza de diez y siete más bonita que un cromó de almanaque y más alegre que una mañana primaveral. Además de todo esto, el señor Manuel tiene cinco yuntas, tres criados, un rebaño de merinas que es un asombro, una huerta que es una maravilla y ocho tierras de sembradura que le rinden, un año con otro, cuatrocientas fanegas de trigo limpias de polvo y paja. Sin embargo, el señor Manuel Moral no es feliz; no lo es porque ya en la pendiente de la vida—acaba de cumplir cincuenta y cuatro años— se le ha unido a la cabeza la ambición política y quiere ser alcalde. En vano amigos y parientes, empezando por su mujer y por su hija, que como buenas labradoras castellanas son en sus ambiciones sencillas y modestas, tratan de disuadirle haciéndole comprender que la política menuda sólo sirve para dar quebraderos, preocupaciones y disgustos. El quiere ser alcalde y lo será. La única cosa seria y formidable que hay en la Naturaleza—ha dicho Emerson—es una voluntad. El señor Manuel Moral no ha leído a Emerson ni lo leerá en su vida; pero como también es filósofo a su manera, sabe que, en efecto, lo único fuerte que hay en este mundo es una voluntad, y que cuando a un hombre se le mete un deseo en la mollera, como se le meta de firme, tarde



||||| LOS CIGARRILLOS DEL DUQUE |||||





de piedra mármol!...—tuvo, por fin, que confesar la rubia, un si es no es ofendida en su dignidad profesional.

Más lista la morena no claudicó.

—¡Qué va a ser, mujer; qué va a ser! Este es un castizo, pero que de lo más castizo que alterna donde alternen los hombres. ¿Qué quiés que haga en la taberna delante de to el mundo un hombre decente? Si estáramos en casa, ¿verdá, tú?

—Naturaca—dijo el señor Manuel.

—¡Anda qué chulo; naturaca y to!... ¡Si cuando yo digo!

La rubia se puso en pie.

—Mira, rico, ésta tiene razón. Vente con nosotras. Vámonos a casa. Verás qué bien lo vamos a pasar.

El señor Manuel miró el reloj. Eran las diez y media.

—Bueno, veréis; vamos a combinar. Yo ahora tengo muchísimas cosas que hacer.

—Déjalas pa mañana.

—No pué ser, porque yo mañana me tengo dir al pueblo y quiero esta tarde dejarlo to aviao. Pero a la noche no tengo na que hacer, y como lo mismo me da dormir en la posá que fuera de ella, vosotras me decís dónde voy a buscaros.

—A casa—dijo la rubia.

—Espera—interrumpió la otra—. Tú ¿a qué hora te vas a quedar libre?

—A las diez.

—Bueno, pues mira, a las diez nos esperas... ¿Tú sabes la plaza del Progreso?

—Sí.

—Pues a las diez en la plaza del Progreso, donde para el tranvía.

—No hay que hablar más. Hasta luego.

Llamó al chico, pagó y salió de la taberna. Casi en la misma puerta la chiquitilla le detuvo.

—Oye, tú, que te vas sin darnos señal.

IV

El tranvía dejó al señor Manuel en la Puerta del Sol. Señalaba el reloj las once menos cuarto. Se había despejado la neblina y un sol de invierno pálido y amañillo rielaba tristemente en el asfalto húmedo.

En medio de la plaza, junto a la farola, estuvo un momento indeciso, algo aturdido ante la confusión de coches y tranvías. Un individuo embozado hasta los ojos en una capa azul se le acercó misteriosamente:

—Buen hombre, ¿quié usted comprar un reloj que acabo de robar?

—¿Es bueno?

—Súper. ¿Quié usted verle? Véngase conmigo a aquel portal y se le enseñaré.

—No, ¿para qué? Enséñemele aquí mismo.

Acercóse más el hombre y bajo los pliegues de la capa azul el señor Manuel vió brillar un momento la alhaja al reflejo del sol con resplandor vivísimo.

—¿Eh, qué tal?

—¿Cuánto quieres por él?

—Deme usted veinte duros.

—¿Quiés tres reales?

El de la capa le miró asombrado.

—No compra usted poco barato.

—Pero si le has robao.

—Dilo más alto, no seas tonto... Echalo a pregón. Gachó contigo.

Un guardia que deambulaba junto a la farola volvió



grar la aspiración que pretendían. ¿Le sucedería a él lo propio? ¿Le tratarían de la misma manera? La sola duda de que pudiera sucederle le crispó los nervios y le frunció el entrecejo con una pincelada negra y dura.

La voz del cobrador le transportó a la realidad:

—Ahí tiene usted el 64. Ese hotel de la verja cerrada. Toque usted en el botón que se ve que es el timbre.

Llamó y salió a abrir un hombre en mangas de camisa, calzado con unos grandes zuecos.

—¿Qué desea?

—Dígale al señor duque que está aquí Manuel Moral, el de Pedrales, que necesita verle.

El hombre de los zuecos le miró de alto a bajo con gesto despreciativo, desdeñoso.

—El señor duque no está—dijo—; y fué a cerrar la verja; pero el señor Manuel se abalanzó y con ademán rápido contuvo el movimiento.

—Dígale al señor duque que está aquí Manuel Moral, el de Pedrales.

—Le he dicho a usted que no está en casa.

—Sí que está, sí.

—Le digo a usted que no.

—Y yo le digo a usted que sí.

—¡No sea usted terco, hombre! Le digo a usted que no está.

El señor Manuel se rascó la cabeza. Hubo un momento de silencio y de indecisión.

—Bueno, mire usted: yo soy Moral el de Pedrales..., el distrito del amo, ¿sabe usted?, y he venido del pueblo pa hablarle de cosas que le importan mucho, de las elecciones..., vamos..., que está aquello mu malo, y que vengo a avisarle..., y que va usted a tener un disgusto muy gordo como yo no le vea.

Ahora fué el hombre de los zuecos el que se rascó la cabeza.

—Bueno, espere usted.

||||| LOS CIGARRILLOS DEL DUQUE |||||

El señor Manuel le vió atravesar el jardín, meterse en la portería, descolgar de la pared una especie de manga de riego, tocar un pito y ponérsela sucesivamente en el oído y en la boca. Después de esta operación extraña volvió a acercarse al señor Manuel y le dijo:

—Ahora baja el ayuda de cámara.

Y en efecto: mientras el señor Manuel, un poco aturrido, se entretenía en mirar cómo retozaban dos cachorros daneses persiguiéndose por las avenidas hondosas del jardín, apareció un hombre joven, pulcramente rasurado, todo vestido de negro con una corbata blanca. Se aproximó muy fino y muy redicho.

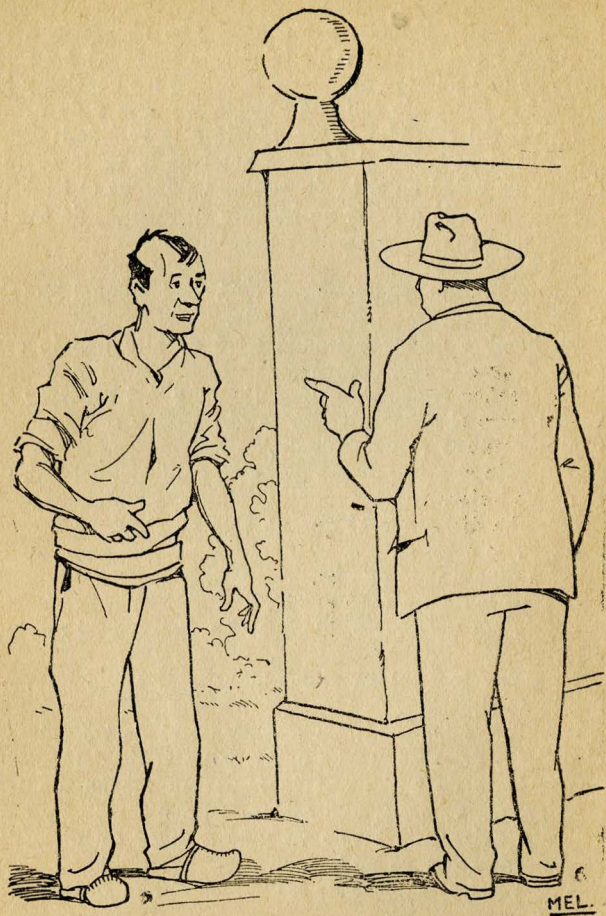
—El señor duque no está. Salió esta mañana muy temprano y, probablemente, no vendrá a comer. Si quiere usted verle deje las señas, y el secretario le escribirá diciéndole cuándo puede recibirle.

El señor Manuel volvió a rascarse la cabeza; se frotó lentamente la punta de la nariz con los nudillos, hizo una larga pausa, y luego, con la energía del hombre que ha adoptado una resolución:

—Mire usted: ni yo puedo dejar señas porque no las tengo, ni puedo esperar de quiá mañana porque me tengo que ir al pueblo esta noche. Pa que usted se haga cargo, le diré que yo he venido a hacer un favor al señor duque; a decirle que aquello del distrito está mucho malo y que se va a quedar sin acta como yo me quedé sin agüela. Esto, claro es, de ti pa mí, porque últimamente allá él, y a mí ni me va ni me viene, y si le aviso es porque le estimo y porque le aprecio y na más. Conque, lo dicho, y conste que he venido a avisarle, y que siento no verle, y que me voy esta noche, y buenos días, y queden ustedes con Dios.

Y en efecto: con la dignidad de un hidalgo ofendido se disponía a largarse, cuando el ayuda de cámara le detuvo de un brazo:

—Espere usted, hombre, espere usted, no sea tan



V

Le costó gran trabajo orientarse y dar con la calle de Campoamor; pero al fin dió con ella y con la casa. Contra lo que temía, el portero, no sólo no le puso obstáculo ninguno, sino que le recibió muy complaciente.

—Entresuelo izquierda.

Subió y llamó. Le salió a abrir una rubia encantadora, vestida de negro, con un delantal blanco lleno de bordados y encajes.

—¿Qué desea?

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Sigue usted bien? ¿La familia buena?

—¿Qué desea?

—Dígale al señor duque que está aquí Manuel Moral, el de Pedrales.

—Pase usted y aguarde un momento.

La rubia cerró la puerta tras él y desapareció, dejándole solo en el recibimiento, frente por frente de un espejo grandísimo colocado sobre una caja de azulejos llena de macetas de flores. A uno y otro lado unos tubos de hierro, pintados de blanco, irradiaban dulce y suavísimo calor. El piso, de madera, relucía como si fuese de cristal. Del techo colgaba un gran farol cuadrado con unos pájaros extraños pintados en los vidrios. Todo esto no lo vió el señor Manuel de una vez, sino poco a poco y sucesivamente, pues era tan grande la obscuridad del recibimiento, que sus ojos tardaron larguísimo

súbito. Dice usted que tiene absoluta necesidad de ver al señor duque.

—No, el señor duque de verme a mí.

—Es lo mismo. Y dice usted que no puede aguardar a mañana.

—No, señor.

—¿Ni hay dónde avisarle?

—Tampoco.

—En ese caso...—se quedó un momento indeciso; cambió una mirada de inteligencia con el hombre de los zuecos, que escuchaba atentamente la conversación, y, por fin, encogiéndose de hombros:—Bueno, mire usted; aquí para inter nos, como usted dice, el señor duque la mayoría de las noches no duerme en casa, come donde le parece y no hay nunca manera de dar con él. Sin embargo, si el asunto es grave y urgente...

—Lo es.

—Entonces vaya usted a la calle de Campoamor, 58, y pregunte por él. Si no está allí ya no sé dónde está. Y conste que si nos ganamos un disgusto usted tiene la culpa.

El señor Manuel los tranquilizó.

—No pasen ustés cuidao. ¡Poco que se va a alegrar el señor duque de verme!

rato en hacerse a ella. Cuando empezaba a acostumbrarse volvió la muchacha rubia.

—El señor está muy ocupado y no puede recibirle ahora. Dice que diga usted lo que desea.

—Dígale que tengo que hablarle en persona de un asunto urgente y grave—esto de urgente y grave lo había aprendido del ayuda de cámara.

—Espere usted un momento.

De nuevo desapareció la rubia y de nuevo volvió a presentarse.

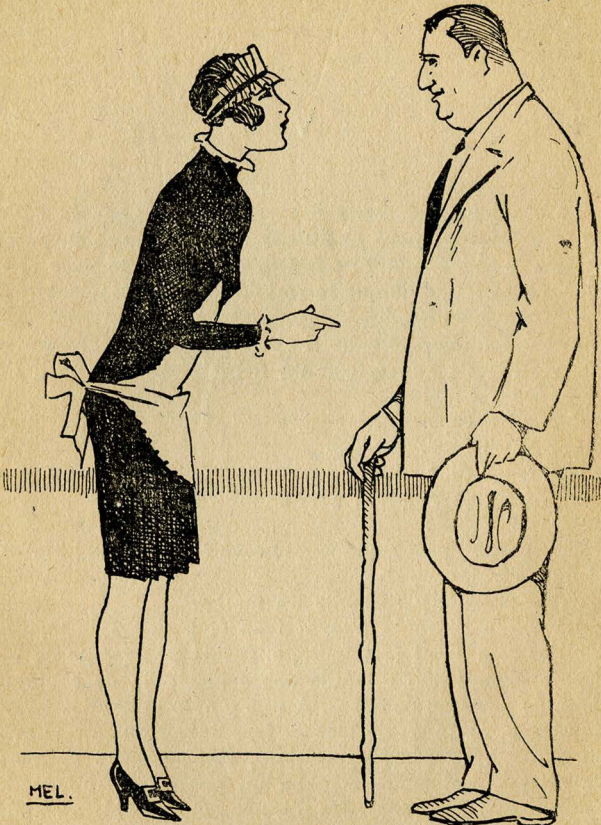
—Pase por aquí—le dijo precediéndole y llevándole a tientas a un gabinetito. Y como viese que el paletó, desorientado y torpe, apenas se atrevía a moverse, abrió las maderas del balcón. Por las rendijas de la persiana entró un rayo de sol, que al caer en la alfombra dejó una larga serie de medallones blancos.

—Siéntese; ahora viene el señor.

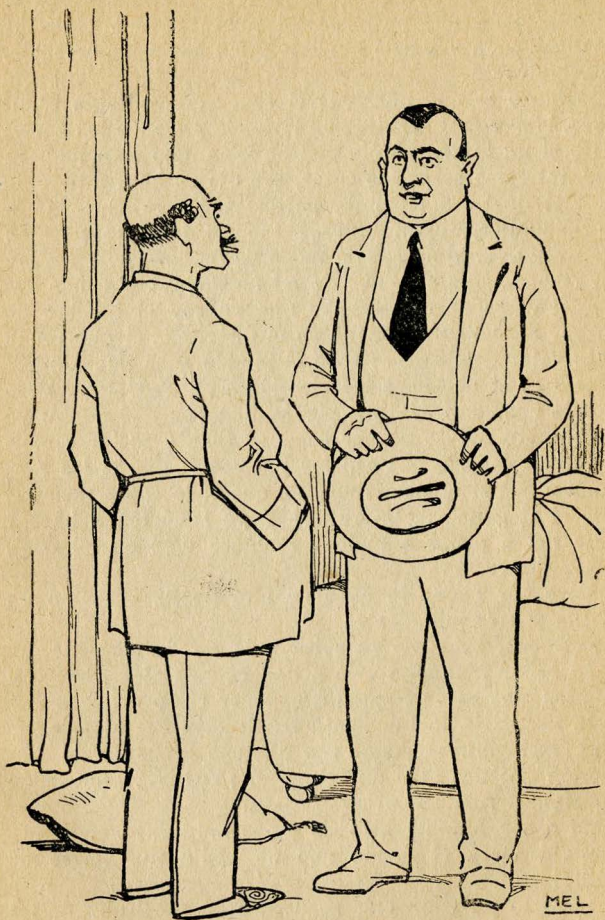
Obediente y sobrecogido se acomodó como pudo en el borde de una butaquita y paseó la mirada por el gabinete.

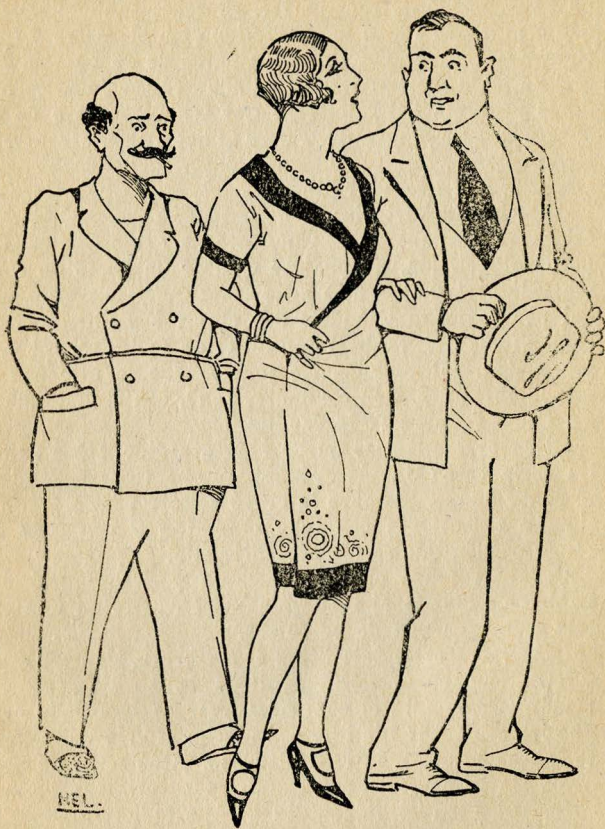
—¡Rediez, qué habitación! ¡Rediez, qué muebles! ¡Qué casa tan preciosa y tan maja, y, sobre todo, qué bueno y qué caro!...—Por todos lados espejos. Por todas partes lazos y cacharros y flores. La alfombra se hundía al pisar como una colchoneta. Las cortinas parecían hechas de pelusa de melocotón. Lo que más le chocó fué que no hubiera dos sillas iguales. Cada una era de su padre y de su madre: unas chiquititas y panzudas; otras larguiruchas y estrechas, con las patas doradas, y finas, tan finas, que por nada del mundo se hubiera atrevido en ellas a sentarse. Seguramente no eran para sentarse. ¡Qué caprichos más extraños tiene la gente rica!

Cuando más entretenido se encontraba en estas eutrapélicas divagaciones, se abrió la puerta del gabinete y entró un hombre bajito, ligeramente barrigudo, con la



MEL.





los dos hombres se levantaron. Y ocurrió una cosa inaudita. Inaudita para el señor Manuel, y fué que la señora le enlazó del brazo y se le llevó a lo largo de los comedores, mareándole y atontándole bajo una ola enervadora de perfumes. El duque iba detrás con las manos en los bolsillos del batín, tarareando una canción.

La comida fué buena; al menos al señor Manuel le supo muy buena. Claro es que de haber sido medianamente inteligente en artes culinarias habría advertido en seguida que se trataba de un almuerzo improvisado, con abuso de fiambres y raciones de café; pero él no estaba preparado para estas disquisiciones gastronómicas. El sólo apreció que todo era muy bueno y muy abundante; todo, desde el primer plato, que creyó que eran dulces y resultó que eran huevos, hasta los postres, tan exquisitos como variados. El hombre hizo honor a la comida de la manera mejor que puede hacerse, comiendo de todo. No hizo asco a un solo plato; probó de todos y repitió de alguno. ¿No le trataban como de la familia? Pues como de la familia. Con toda confianza.

Todo esto en lo que se refiere a la parte sibarítica y nutritiva, que en cuanto a la afectiva y de entretenimiento todavía la satisfacción fué mayor. Si simpático era el duque, más simpática era aún la señora. Vaya una mujer sencilla y llana y campechana y corriente. Ni tanto así de orgullo. Ni tanto así de pretensiones. Como si toda la vida se hubieran tratado. Como si fueran de la familia. ¡Rediez, qué mujer más simpática! Ella fué quien le hizo los honores del almuerzo, sirviéndole, haciéndole platos, llamando a cada instante a la doncella—la muchacha rubia del delantal de encajes—para subsanar un detalle olvidado: “María, pan para el señor Moral.” “María, vino al señor Moral.” “Un cuchillo para el señor Moral.” Luego, en

porque en lo respectivo a temperatura la habitación se las traía. Un verdadero horno. ¡Cristo, qué calor! No, no había miedo de constiparse. El señor Manuel sentía que oleadas de fuego le congestionaban el rostro y que sudaba a chorros por todos los poros de su cuerpo. Lo que no pudo poner en claro es si la causa de estos ardores provenía del calorífero que tenía detrás o de la señora que tenía delante. Fuere lo que fuere, era demasiado calor.

—¿Me has llamado?

—Sí, María Victoria; te he llamado para decirte que este señor almuerza con nosotros.—Y como ella, un poco sorprendida, no pudiese ocultar un gesto de contrariedad, el duque hizo seguidamente la presentación del personaje, matizándole con efusivos y ditirámicos elogios:—Moral, ¿sabes? Moral, el de Pedrales. Mi mejor amigo. Mi cacique. Es preciso que le atiendas y que le obsequies. Con confianza, ¿eh?, con toda confianza. Como si fuera de la familia.

El señor Manuel se quedó algo aturcido. ¿Qué familia sería ésta? Jamás oyó hablar que tuviera familia el señor duque. Siempre le creyó soltero y solo.

—Le trataremos con todo el cariño y con toda la consideración que se merece—dijo ella.

Cerró la frase con una sonrisa y desapareció del gabinete, dejando al señor Manuel envuelto en una estela embriagadora de perfumes.

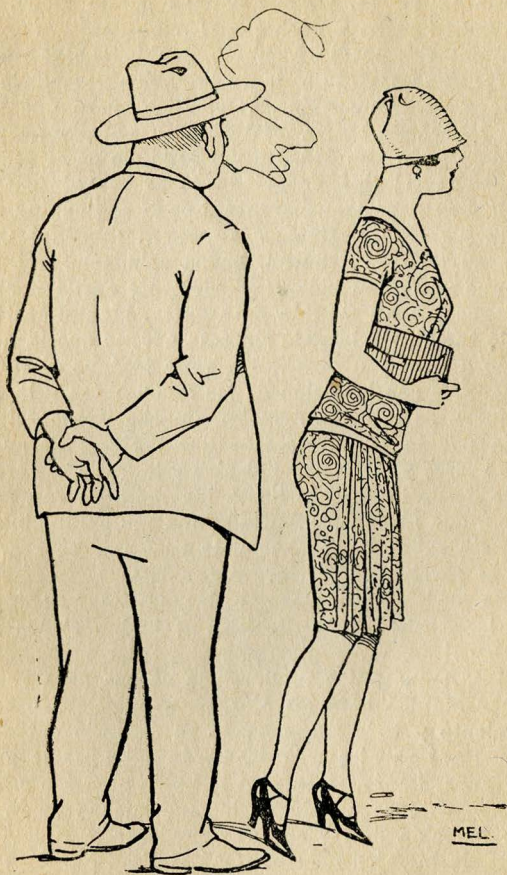
—Amigo Moral, deje usted el sombrero, siéntese aquí y cuénteme cosas mientras llega la hora de comer. ¿Qué? ¿Cómo está el campo? ¿Cómo se han dado este año las cosechas? Me interesa mucho la vida de la gente labradora. ¡Oh, la agricultura!... ¡Qué sería de nosotros sin la agricultura!

Sentados en el minúsculo sofá estuvieron mano a mano departiendo hasta que entró María Victoria para anunciarles que el almuerzo estaba ya servido. Entonces

como un resoplido, que lo mismo podía ser desahogo de protesta rabiosa que de melancolía resignada.

Pero esto sólo duró un momento. El bullicio de las calles le distrajo en seguida. El recuerdo enervante de María Victoria se borró para dejar paso al grato recuerdo de los ofrecimientos del duque. Simpático también el señor duque, ¡buena persona!, corriente, campechano, francote... Y luego decían en el pueblo que si era, que si no era, que si fué, que si vino. ¡Mentira! Figuraciones, tonterías..., inconvenientes de no saber tratar a las personas... Sus convecinos venían a Madrid hechos unos pazguatos, asustados, azorados, temblando de miedo, llamando a las casas como si fueran a pedir limosna, y, *naturaca*, señor, *naturaca*, les ocurría lo que les tenía que suceder. A esta gente no se la puede tratar en humilde, porque se crece. Hay que tratarlos de igual a igual. ¿Tú vales tanto? Pues yo cuanto. ¿Que tú eres el diputado? Pues yo soy el cacique. ¿Te pones a buenas? Tan amigos. ¿Te pones a malas? Te doy en la cabeza y san se acabó. Ni más ni menos. Por esto el duque había estado con él tan amable. Si en lugar de entrar crecido se llega a achicar ante la doncella...—un recuerdo gratisimo le interrumpió las reflexiones, le alegró la cara con una sonrisa—. Buena persona también la doncella. Buena mujer la rubia con su delantalito de encaje y su cofia blanca y su vocecita de niña mimada: —“Espere usted un momento; ahora viene el señor”—. Una señorita, mismamente una señorita. Cuántas en Alfaro y en Logroño habrían querido tener aquellas manos, finas, suaves, delicadas, blanquísimas... ¡Rediez y qué mujeres gustaba el señor duque!

Por enmedio del arroyo, para andar más a gusto y sin estorbos, seguía el señor Manuel Barquillo adelante. Inútil decir que iba satisfechísimo y contento, bien comido, bien bebido, llena la imaginación de azules esperanzas. Jamás se había encontrado tan joven, tan



fuerte, tan ágil. Nunca como aquel día le pareció Madrid más hermoso, las calles más alegres, los escaparates más surtidos y las mujeres más bonitas. Las mujeres, especialmente, tenían un encanto especial, un atractivo nuevo que no había descubierto hasta entonces. No sabía a punto fijo lo que era, no acertaba a explicarlo, habría sido para él de una dificultad insuperable calificarlo y definirlo; pero lo cierto era que le gustaban más que nunca. Y lo más curioso era que le gustaban todas, todas las que pasaban, altas, bajas, finas, gordas, rubias y morenas... Se le iban los ojos tras ellas y los labios se le entreabrían con resoplidos furibundos. ¡Rediez, qué mujeres!

Al llegar a la esquina de Alcalá se encontró con el alud de gente que regresaba de paseo, y mezclado con los grupos siguió andando hasta dar con la Puerta del Sol. Se metió por la calle de Carretas y por la de Atocha llegó a Antón Martín. En estos barrios populares, que le trajeron como un rumor lejano las dulces añoranzas de sus años mozos, se encontró todavía más a gusto. Este era su Madrid, su verdadero y auténtico Madrid. Nada había cambiado en él: las mismas casas, las mismas tiendas, las mismas tabernas, la clásica pastelería con sus agujas de ternera y sus pasteletos de hojaldre. El timbre de un cinematógrafo le atrajo de pronto con su vibrante repiqueteo, y como tenía tres horas por delante compró una delantera para una sección. Aunque estaba ya empezada, todavía llegó a tiempo de ver una película y dos números de *variétés*. La película, tonta; los números, el primero, algo tonto también—una tía larguirucha que cantaba con voz de gata unas indecencias la mar de indecentes—; pero el segundo... ¡Rediez, vaya un numerito! ¡Vaya una señora!... ¡Vaya unas formas!... Porque las enseñaba todas: los brazos al aire, las piernas al aire y desde el pecho a las rodillas una especie de gasa tan

habría perdido gustoso el tren para ir a buscarlas a la plaza del Progreso. Todo sería retrasar un día el viaje y contarle una historia a su mujer. ¡Bah! Su mujer, la pobre, ¡qué sabía!... Si él creyera que las mujeres iban a ir... Bueno, y aunque no fueran, ¿qué? ¿Es que no iba a encontrar otras mejores, todavía muchísimo mejores? Un escalofrío le dejó parado en medio de la acera. Una duda terrible le crispó con una torcedura dolorosa. Tuvo un momento de inquietante vacilación. ¡Manuel..., Manuel, que eres un hombre honrado!... ¡Que no estás ya para locuras!...—le dijo inflexible la voz autoritaria del deber. Bajó la cabeza y, resignado, para distraerse y resistir la tentación, entró en el Bazar X. Compró unos regalitos para su mujer y su hija, y luego, en la taberna de enfrente, las provisiones de la cena.

Cuando salió eran muy cerca de las ocho; la hora precisa para llegar al tren. En un tranvía se dirigió a la estación del Norte. Al pasar por la Cuesta de San Vicente no pudo menos de dirigir una mirada al interior de la taberna. Pero cuando ya dentro del coche hubo acomodado en la rejilla los envoltorios, dió un suspiro de satisfacción: la satisfacción del hombre fuerte que ha sabido vencerse a sí mismo.

Se acodó de bruces a la portezuela, sacó la petaca y encendió un pitillo.

—Buenos cigarros los del duque... ¡Buenos de verdá!

fina que era lo mismo que si fuera en pelota, mismamente en pelota. ¡Luego bailaba de un modo, haciendo unas figuras y unas cosas!...

Salió del cine medio atontado, con la cabeza abombada, las fauces secas y la imaginación recargada de visiones y fantasmagorías. ¡Qué bien, pero qué bien estaría la señora María Victoria con aquella gasa!... En el acto se la imaginó. La vió bailando en el reducido escenario del cine, despojada de la bata de encajes y con la fina gasa transparente. Luego se imaginó a la doncella y comparó. Buenas las dos..., ¡buenas! Cada una en su género. Y buena, buena asimismo, una morecha que pasó a su lado, graciosamente envuelta entre los pliegues de un mantón de espuma. Mentalmente la desnudó también y la dejó sin más adorno que la gasa. Y luego a otra y a otra... En vano trataba el infeliz de distraerse con la visión de los escaparates y la realidad fuera de la calle... Su imaginación sobreexcitada no veía por todas partes más que mujeres desnudas, con los brazos y las piernas al aire y la fina gasa transparente desde los pechos hasta las rodillas. Tan aturcido iba, que al pasar a su lado una mujer, instintivamente, sin saber lo que hacía, la rozó una cadera. La mujer se revolvió iracunda.

—¿No podría usted tocarse las narices? ¡Sinvergüenza!... Gachó con el isidro... ¡Cuidao si los hay desahogaos!

Algunos transeuntes volvieron la cabeza para reírse. El señor Manuel bajó los ojos, se puso colorado como un pimiento y todo avergonzado se escurrió entre los grupos. ¡Qué raro! ¡Qué cosas más extrañas le pasaban! Nunca, jamás, en la vida le había ocurrido esto.

Bruscamente se acordó de las muchachas de la taberna: la rubia de las carnes abundosas y la morena chiquita de los ojos negros. ¡Qué lástima haberlas engañado! Sin la pequeña estafa de las dos pesetas quizá

El viajante, con la autoridad del hombre que ha corrido mucho, se puso a relatar detalles curiosísimos de las diversas clases de tabaco que en el mundo había. Del tabaco pasó a hablar de las ciudades y de las ciudades a las costumbres de las gentes. Era la conversación tan entretenida y tan amena, que los cuatro oyentes le escuchaban atentos sin despegar los labios.

En El Escorial se apeó el sacerdote. El viajante bajó a comprar un paquete de bombones y caramelos para obsequiar a las muchachas, y al subir de nuevo se sentó enfrente de la más bonita. No eran malas las tales muchachas: metiditas en carnes, moruchas, con los ojos muy vivos y un acento asturiano dulzón y melancólico que les caía muy bien. Más que primas—ellas dijeron que eran primas—parecían hermanas.

—¿Me da usted otro cigarro?—dijo de pronto el viajante con el mayor desembarazo—. Usted perdone, pero me han gustado mucho. Son riquísimos.

—Sí que huelen bien—observó su vecina.

—Ah, ¿pero usted nota el olor?

—Ya lo creo. Si es un olor muy fuerte. ¿No ve usted que va todo cerrado?

—Si le molesta abriremos la ventanilla.

—No, no me molesta. Al contrario, me gusta. Es un olor muy rico.

El viajante, que se había levantado con el pretexto de bajar el cristal, al volver a sentarse mudó de asiento, se acomodó al lado de la chica y empezó a hablarla en voz baja por encima del hombro. Ella aceptó la conversación sonriente y gustosa. La otra, entretanto, se había deslizado hasta el otro rincón, frente por frente del señor Manuel, y apoyó su cabeza en el ángulo como para dormir. El señor Manuel, a quien el sueño le tiraba también de los párpados, se dispuso a imitarla. El tren corría entre las sombras negras de la noche sobre las tierras llanas.



IX

Llegó a Pedrales muy cerca de las diez de la mañana, molido el cuerpo por la vigilia de la noche; los huesos quebrantados con el traqueteo de la diligencia; pero satisfecho y orondo. Su mujer y su hija le aguardaban ansiosas.

—¿Qué?... ¿Qué?... ¿Qué te ha dicho el duque?

—¿Qué me trae usted de Madrid, padre?

Dió los regalos y relató el viaje con todos sus detalles—exceptuando, naturalmente, la aventura del tren—y deshaciéndose en elogios y alabanzas al duque por el recibimiento que le dispensara, por su simpatía y por su esplendidez.

—Chica, qué hombre; qué modo de obsequiarme... Hasta cigarrillos me ha dado. Mira, hasta cigarrillos...—Y le enseñó la petaca, en la que quedaban todavía cinco—. La traía llena, ¿sabes?; pero un señor que venía en el tren me los ha fumado casi todos porque decía que le gustaban mucho. Y mira tú, lo siento de veras, porque son superiores. Veréis qué bien huelen.—Y para demostrarlo prácticamente encendió uno y las echó el humo en las narices. —Eh, ¿qué sus parece? ¡Vaya un tabaquito!... De duque... Superior, de lo más superior.

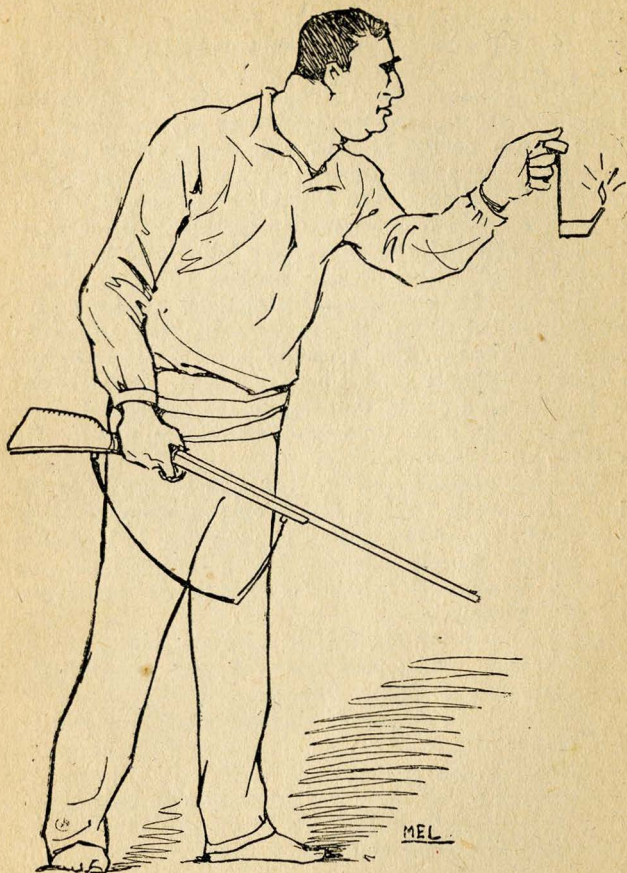
Luego, sin fijarse en que su hija estaba delante, se acercó a su mujer y la dió un abrazo que medio la estrujó.

—¡Ay, cordera, lo que te quiero!

||||| PEDRO MATA |||||

inconsciente, sin saber lo que hacía, se levantó del asiento, se acomodó a su lado, se acercó a ella y sin hablar, sin decir una palabra, alargó los labios y la dió un beso. Ella no protestó.

El tren seguía corriendo entre las sombras negras de la noche sobre las tierras llanas.



La Bibiana dió un grito y levantó el embozo.

—¡Padre, por Dios!... ¡Padre, qué va usted a hacer!...

El señor Manuel la miró implacable y severo.

—Tú te callas... ¡Sinvergüenza!... ¡Indecente!...
¡Mala hija!...

La chica, avergonzada, escondió de nuevo la cabeza y rompió de nuevo a llorar...

—¡Ay, madre mía del alma!... ¡Ay, madre!... ¡Virgen mía del Carmen!

El señor Manuel y Aniceto salieron lentamente de la alcoba y se encaminaron a la cocina. Una vez allí, el futuro alcalde se cruzó de brazos y se quedó mirando de hito en hito al novio de su hija.

—Bueno, ¿a ti qué te parece que debo yo hacer contigo?

El mozo bajó los ojos resignado y humilde.

—Lo que usted quiera, señor Manuel. To lo que usted haga está bien hecho... Me he portao muy mal... Ha sido una mala tentación...

—De manera que mientras yo estaba tan tranquilo teniéndote por un hombre formal, tú todas las noches...

El muchacho interrumpió seriamente:

—No, señor Manuel...; todas las noches, no. Ha sido la primera... y la última.

—¿De verdá?

—De verdá.

—Júramelo.

—¡Por el alma de mi madre, que esté en gloria, señor Manuel; por la salud de la Bibiana, que es lo que más quiero!

Emocionado ante la solemnidad del juramento, el señor Manuel se serenó.

—Bueno, tú comprenderás que esto no pueé quedar así... Tú te vas ahora, cuidandito de que nadie te vea, y mañana, a las nueve, estás aquí con tu padre a pedirme la chica pa que os caséis volando. Te advierto

en un rincón, y siempre descalzo echó escalera abajo, con sumo cuidado para que los peldaños no retemblaran ni crujieran. En la cocina encendió un candil, y con él en una mano y la escopeta en la otra llegó al corral. Todo estaba en él silencioso y en orden: las gallinas, en el gallinero; los conejos, en sus madrigueras; las palomas, en sus nidales, y el cerdo, en su cortijo. Pero al llegar a las bardas se detuvo sorprendido e inquieto. La puerta estaba abierta. El estaba seguro de haberla cerrado bien antes de acostarse. ¿Cómo estaba, pues, abierta? ¿Quién la había abierto? El que entró, suponiendo que alguien hubiese entrado, no fué para robar. La tranquilidad y el dulce reposo de los habitantes del corral lo demostraban bien elocuentemente. Entonces... Una sospecha le cruzó por la mente, rápida y brillante como una exhalación. ¡Si la Bibiana!... Volvió a entrar en casa, se fué derecho al cuarto de su hija y de un empujón abrió la puerta. En efecto; allí estaba el ladrón.

El señor Manuel sintió que toda la sangre se le subía a la cabeza. Dejó el candil en el suelo y cogiendo con ambas manos la escopeta por el cañón la levantó a lo alto con furioso ademán. La muchacha ahogó un grito y se acurrucó debajo del embozo. Aniceto, impasible, ni pestañeó:

—Dé usted, señor Manuel; dé usted sin miedo, que no ha de defenderme...; pero a mí sólo, que yo soy el que tiene la culpa. Ella, no... Ella, no...

—Los dos sois un par de sinvergüenzas—rugió el señor Manuel, lívido de coraje.

—No; ella, no... Ella, no...

Ahogados por el peso de la ropa se oían bajo el embozo los sollozos de la Bibiana. El señor Manuel se sintió conmovido. Bajó el arma, y encarándose con Aniceto:

—Vístete y ven conmigo.

—A mí lo que más me choca—decía la buena mujer toda intrigada—es que se haya atrevido a hacer esto un muchacho tan formal. Porque Aniceto es muy formal. Es la primera vez que se ha propasao.

—¡Tú qué sabes!

—Porque lo sé lo digo. Yo los he visto muchas veces sin que ellos me vieran cuando estaban juntos, y nunca, ni un beso, te digo que ni un beso. Además que estas cosas se notan, y el que es vivo de genio se declara en seguida... Y éste, vaya, que no... ¡Cuando te digo yo que no!...

—Sí que es raro..

—Más confianza tenía en él que en ella... Ya ves que es mi hija; pero a mí no me ciega el cariño de madre... Algo peor es ella.

—Como que ha salío a ti—dijo él contemplándola amorosamente y acercándose.

Ella le rechazó con un manotazo cariñoso.

—Andaa..., perro, que tendrás tú queja de mí.

—Queja..., ¿de qué?

—De mí.

—¡Qué voy a tener queja, cordera, si te quiero más que a mi vida!

Pero el sol entraba ya por la ventana y hubo que levantarse. También la Bibiana estaba ya vestida. La sintieron andar por la casa, como una sombra, muy pálida, los ojos bajos, esquivando a sus padres, escurriéndose por los corredores...

—¡Perra!... ¡Condenada!... La mosquita muerta. Parece que no ha roto un plato—dijo la Gervasia al verla desaparecer por un pasillo.

El señor Manuel la hizo callar.

—Amos, calla, deja a la chica... No me la atosigues..., que harto tiene ella con su vergüenza.

—Sí, con eso y con que no venga Aniceto...

—Vendrá, mujer, vendrá...

que no la doy na... por haberos portao mal... ¡Ni una fanega!

El mozo le miró muy digno.

—Ni falta c'hace. Yo en tenerla a ella tengo de sobra.

El señor Manuel le miró de alto abajo, más conmovido que enojado, y le dejó partir. Después, lentamente, volvió a su habitación. La Gervasia, sentada en la cama, le aguardaba intranquila y nerviosa.

—¡Ay, gracias a Dios que estás aquí!... Me tenías toa rehilosa... ¿Qué? ¿Pasaba algo?

En dos palabras el señor Manuel le contó lo ocurrido. Ella no le dejó acabar. Furiosa, hecha un basilisco, se arrojó de la cama...

—¡Ay, la perra, la mala-hija!... ¡Déjame, que la voy a matar!

Naturalmente, él no la dejó. Cogiéndola de un brazo la obligó de nuevo a acostarse y la dijo reposadamente:

—Nada de gritos, nada de escándalos. La ropa sucia hay que lavarla en casa. Después de to, la chica no ha hecho más que lo que tú.

—Pero yo me casé.

—Y ella también..., también se casará. De todas maneras tenían que casarse. Al fin y a la postre, qué más da ahora que en abril... Se casarán y serán muy felices porque son muy buenos.

Y enternecidos ante la visión de la felicidad de los muchachos quedaron largo rato silenciosos y tristes. Por la rendija del balcón, que el señor Manuel había dejado abierta, se empezaba a filtrar borrosa y sucia la luz del nuevo día. Cantó un gallo lejano, le contestó otro, y en un intervalo de diez minutos respondieron todos los gallos de la vecindad.

Inútil decir que ni el señor Manuel ni la Gervasia consiguieron conciliar el sueño. Todo lo que restó de madrugada se lo pasaron haciendo cábalas y suposiciones.

forro, registró los bolsillos... Nada...—. ¿Se habrá caído?

Para convencerse estuvo mirando por el suelo, alzando las sillas y husmeando en los rincones.

—¿Qué busca usted, padre?—preguntó la Bibiana al verle tan atareado.

—Oye, ¿has barrido tú aquí?

—Sí.

—¿Has visto por casualidad un cigarro?

La moza se puso toda colorada.

—Un cigarro..., no..., no sé...—contestó balbuciendo toda confusa.

Esta confusión y este balbuceo sorprendieron al señor Manuel.

—Tú le has visto.

La chica se puso más encendida aún, bajó los ojos y toda temblorosa:

—Bueno; pues sí..., le he visto...; se le dejó usted anoche encima de la mesa. Se le di a Aniceto.

—¿A Anic...?

El señor Manuel se quedó anonadado como el que recibe de pronto una sensación... Atropellados, rápidos, pero clarividentes, con una clarividencia deslumbradora, se agolparon a su imaginación, aturdiéndole y desconcertándole, toda una serie de coincidencias y recuerdos... La comida en casa del duque..., la risa de María Victoria..., el cine..., la aventura del tren..., la llegada a Pedrales...

—¿A Aniceto?... ¿Dices que a Aniceto? ¿Y se lo fumó anoche?

—Sí, padre; delante de mí...

El señor Manuel se mordió los labios y no dijo nada. Cogió el cigarro que había dejado sobre la mesa y lo volvió a guardar en la petaca.

—¿No te lo fumas?—preguntó la Gervasia.

—No, ahora no; a la noche. Pa en cenando.

No vino él; pero vino su padre, el tío Ambrosio, un viejecito muy honrado y muy bueno. Los dos hombres se encerraron a solas y estuvieron discutiendo a grandes rasgos las condiciones y preliminares de la boda. La conversación fué muy breve. Los dos se pusieron en seguida de acuerdo. Claro es que el señor Manuel no intentó siquiera mantener su amenaza de desheredar a la chica. Esto fué sólo un pronto para asustar a Aniceto y tantear si iba de buena ley. Por lo demás, hartó sabía que los dos se querían y que iban a ser muy felices, porque los dos eran muy buenos... Esto era lo principal; lo demás, después de to..., ¡bah!..., cosas de chicos.

Se despidieron con un serio apretón de manos, después de fijar la fecha de la boda. En seguida; el tiempo necesario para las amonestaciones y el equipo.

Luego, mientras le servían el almuerzo, el clásico par de huevos con jamón y tomate, estuvo hablando con su mujer.

—Vaya, ¿lo ves? Ves, Gervasia, cómo sí ha venido... Si es un chico muy formal...

—Formal, sí. Si siempre te lo he dicho... Por eso me extraña tanto lo de anoche...

—Verdá que fué raro.

—Cómo se determinaría...

—Vete tú a saber.

Y como había acabado de almorzar sacó la petaca. Se quedó sorprendido.

—Oye, Gervasia, yo tenía dos cigarros.

—¿Y qué?

—Pues que no tengo más que uno.

—Te fumarías el otro.

—No; estoy seguro de que tenía dos. Segurísimo.

—¿Qué raro!

—¿Sí que es raro!—volcó la petaca, escudriñó el

LA NOVELA MUNDIAL

DIRECTOR: J. GARCIA MERCADAL

Algunos de los números publicados

BAROJA (PIO)

1. *La casa del crimen.*
31. *El horroroso crimen de Peñaranda del Campo.*

BUENO (MANUEL)

5. *La dulce mentira.*
49. *Una historia de amor.*

CASTRO (CRISTOBAL DE)

6. *La inglesa y el trapense.*
 43. *Clavellina.*
 65. *La jaula de oro.*
- Los hombres de hierro (en prensa).

INSUA (ALBERTO)

27. *En el alegre Madrid de 1905.*
 33. *La señorita y el obrero o Un flirt en la verbena de San Antonio.*
 40. *Mademoiselle Simone en Madrid.*
 55. *La casa de los solteros.*
 66. *El galán supersticioso.*
- EL** *vicio y la virtud en el Atlántico* (en prensa).

LOPEZ DE HARO (RAFAEL)

19. *¿Eres tú?*
 35. *Se ignora cuál de las dos.*
 51. *Cara a cara.*
 64. *El hombre del sombrero gris.*
 75. *Mi amigo el viajero.*
- Eva** en el hotel (en prensa).

VALLE-INCLAN (RAMON DEL)

10. *El terno del difunto.*
24. *Ligazón.*

41. *Ecos de Asmodeo.*

72. *La hija del capitán.*

CAMBA (FRANCISCO)

62. *La garra invisible.*
 74. *Piedra rodada.*
- Crimen de mujer** (en prensa).

CARRERE (EMILIO)

68. *Aventuras de Lázaro de Ocaña.*
77. *Amor de sacrificio.*

PEDRO (VALENTIN DE)

38. *El estigma de un beso.*
 69. *El hijo del rey.*
- La mujer que habla perdido a Dios** (en prensa).

MARIN ALCALDE (ALBERTO)

44. *El precio de la dicha.*
- Una huella en la nieve** (en prensa).

COLOMA (JESUS R.)

18. *Los hijos de la carroña.*
 54. *Los Lunajes.*
 71. *Se rifa un marido.*
- Cómo aman las africanas** (en prensa).

Entre pamfles (en prensa).

LLAMPAYAS (JOSE)

56. *El oso del señor Gimson.*
 79. *El violín de Emmy.*
- Francho Mur** (en prensa).

LORENTE (JUAN JOSE)

28. *El ultraje.*
- Los vándalos del amor** (en prensa).

Aparecerá el jueves 15 de septiembre de 1927, el número 79.

JOSE LLAMPAYAS

El violín de Emmy

XI

Todo se arregló a la medida de los deseos del señor Manuel. Cuando a los ocho días salía de la iglesia de asistir a la primera amonestación de los muchachos, le llamó el cartero para entregarle un sobre. Era el nombramiento de alcalde de Pedrales. Loco de alegría llegó a casa.

—Mira, Gervasia, mira, ya está aquí... ¿No te decía yo?

—Sí que se ha portao bien el duque.

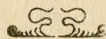
—¡Como que es un hombre muy simpático!

—Pues, mira, tienes que ir a Madrid a darle las gracias. Te vas esta misma noche pa llegar mañana. Ante todo que vea el duque que sabes cumplir y eres agradecido. Ya sabes que te quiere mucho y que te obsequia. Seguramente te convidará a almorzar. Y ya que estás allí, pues, ya, de paso, le dices que te dé unos cigarrillos.

LOS DOS ÉXITOS INSUPERABLES DE ALBERTO INSUA

El negro que tenía el alma blanca

NOVELA



Nueva y artística
edición

Acaba de ser tradu-
cida al portugués y
al francés

Historia amenísima
y dramática
de una competencia
torera

Una encantadora
figura de mujer

El toro en el campo
de Andalucía

La mujer, el torero y el toro

NOVELA



OBSEQUIO DE "LA NOVELA MUNDIAL" A SUS LECTORES

— ◡ —
PUEDE USTED LEER POR POCO DINERO
TODAS LAS NOVELAS DE ALBERTO INSUA

— ◡ —
Todo el que remita cinco cupones como el que se publica en esta hoja, más 20 pesetas, recibirá 5 tomos de las obras de Alberto Insúa, a elegir:

En tierra de santos. = La hora trágica. = El triunfo. = Las neuróticas. = El demonio de la voluptuosidad. = Las flechas del amor. = Los hombres: I. Mary los descubre. = Los hombres: II. Mary los perdona. = El peligro. = Las fronteras de la pasión. = La batalla sentimental. Maravilla y la hiel. = Un corazón bur= lado. = El negro que tenía el alma blanca. = La mujer que necesita amar. = La mujer que agos= tó el amor. = Un enemigo del matrimonio. = La mu= jer, el torero y el toro.

Cupón regalo de las obras
de Alberto Insúa.

LEA USTED
GABRIELA

HISTORIA DE UNA POBRE MUJER

POR EL GRAN NOVELISTA

**M. Fernández
y González**

Esta obra constará
aproximadamente de

30 CUADERNOS

publicándose por cuader-
nos semanales.

Cuaderno, 25 céntimos.

**Suscripción por cada mes,
1 peseta.**



C Ó M P R E L A

Relatos emocionantes del genial novelista.

Nutrida lectura, con ilustraciones.

La más económica y mejor presentada.

ESPLENDIDOS REGALOS A LOS LECTORES

Pida gratis el primer cuaderno.

ADMINISTRACION: RIVADENEYRA, S. A.

Paseo San Vicente, 20. - MADRID